

*luimus, non mordere; prodesse, non
lædere; consulere moribus hominum,
non officere. Valet.*



SERMON

DE LA RESURRECCION

DE JESU CHRISTO,

predicado en la Catedral de Grana-
da. Año 1768.

Surrexit, non est hic. Marc. 16.

ILLMO. SEÑOR:

¡Qué diferencia tan notable entre
los epitafios de los grandes de la
tierra y el de nuestro adorable Sal-
vador! Aquellos suponen una total
derrota, y éste la mas ilustre vic-
toria. *Aqui yace*, leemos sobre los

mas soberbios mauseolos de Egipto, de Grecia, de Roma y de todo el mundo habitado, para denotar que la muerte, fallo inevitable del hombre, ha triunfado finalmente de los mayores Monarcas y decantados héroes del universo, reservando solo por algun tiempo estos monumentos lúgubres, donde se corrompen sus cuerpos, y se reducen á cenizas, conforme á la sentencia del Excelso.

Mas el sepulcro de Jesu Christo, que debia ser exclusivamente glorioso, segun el vaticinio de un Profeta, tiene por epitafio estas sencillas palabras pronunciadas por un ángel: *Resucitó, no está aquí*; para manifestarnos, que aunque nuestro Salvador se ofreció voluntariamente á la muerte por su inefable amor al hombre, quedó no obstante libre entre los muertos; pues si sacrificó su vida por redimirnos del pecado, fue para resucitar por su propia

virtud, como lo habia prometido; porque el Santo de los Santos no debia experimentar la corrupcion, segun el vaticinio de David. Solo pues Jesu Christo podia morir para manifestar despues el mas bello acto de su omnipotencia; porque solo este adorable Salvador es capaz de resucitarse á sí mismo para no volver á morir, y hacer vivir eternamente á sus escogidos.

Con arreglo pues á estos irrefragables principios de nuestra fe, en vano me cansaria yo en discurrir en esta hora sobre algun asunto raro y peregrino, mas á propósito para captar el aura popular, que para edificaros, como el de aquellos oradores que vió el Profeta Oseas sembrando viento para recoger torbellinos. Dexemos pues las vanas sutilezas, apenas disimulables en las aulas de los peripatéticos, y tratemos con dignidad un misterio eloqüente por sí mismo, y que á primera

vista nos presenta EL SOLEMNE TRIUNFO DE JESU CHRISTO. La materia no puede ser mas sublime, ni de mayor consuelo para una alma christiana. Merece pues toda vuestra atencion; y para que oygais con fruto unas verdades en las cuales estriba la autenticidad de nuestra religion y nuestra felicidad eterna, ayudadme todos á pedir las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de su augusta Esposa. Saludémosla humildemente con el ángel. *Ave María.*

Surrexit &c.

Por poco que reflexemos sobre la sabia economía de los misterios y acciones de nuestro adorable Salvador, conoceremos fácilmente el íntimo enlace que entre sí tienen, como que se dirigen al cumplimiento de la grande obra de nuestra re-

paracion, á que fue enviado por su Padre Celestial. A su encarnacion pues fueron consiguientes los trabajos y la muerte, y á ésta debió seguir su gloriosa Resurreccion, como objeto final de su venida, y para trofeo público de su virtud omnipotente. El demonio, el mundo y la muerte misma, sus implacables enemigos, debian ser aplicados al carro de su triunfo, como despojos de su ilustre victoria en su entrada solemne á la celestial Jerusalem.

Para esto no bastaba haber curado los ciegos, resucitado los muertos, lanzado los demonios, ni haber encadenado por su muerte al fuerte armado, que tenia en miserable esclavitud á todo el género humano. Era necesario un testimonio mas auténtico y público para hacer mas solemne su triunfo, y poner su divinidad á cubierto de la maledicencia é incredulidad de un pueblo tan

carnal y duro de cervíz, que habia hasta alli observado en las obras de este Hombre Dios una especie de maravilloso contraste de gloria y oprobrio, de debilidad y omnipotencia.

En efecto, si en su nacimiento anuncian los ángeles la gloria á los cielos, y la paz á la tierra, su albergue es una cueva, y su cuna un pesebre; si desde el oriente vienen á adorarle los Magos, conducidos de una estrella milagrosa, le hallan reclinado entre pajas; si en su vida mortal imperó á los vientos, al mar y á las enfermedades, tambien le vieron fugitivo, perseguido y cubierto de oprobrios; si en su muerte se vió temblar la tierra, obscurecerse el sol, abrirse los sepulcros, quebrantarse las piedras, y romperse el velo del templo; tambien le vieron espirar en un afrentoso suplicio entre las burlas de todo un pueblo, que por carnal é incrédulo desconoció las obras de la divinidad, atribuyén-

dolas á hechicerías y prestigios.

Mas ved aqui, señores, un hecho tan luminoso, que la malicia humana jamas podrá tergiversar, y que es un testimonio público de la mas ilustre victoria. Jesu Christo es enterrado en un sepulcro de piedra, sellado y custodiado por la autoridad pública. A pesar de tantas precauciones, el Salvador resucita para manifestar, como dice S. Pablo, que aunque ha sido crucificado segun la debilidad de la carne, vive ahora por la virtud de Dios. Este milagro pues superior á sus mas grandes prodigios, no fue obrado por ministerio de hombres, como quando Moyeses dividió las aguas, Elías hizo descender fuego del cielo, Eliseo resucitó los muertos, y la sombra de S. Pedro curaba los enfermos; sino por la virtud omnipotente de Jesu Christo, que se resucita á sí mismo, para triunfar solemnemente de todos sus enemigos. En vano pues

los soldados guardan su sepulcro. Este divino Sanson arranca las puertas de Gaza á pesar de sus adversarios los filisteos.

¡ Iglesia santa ! ; Jerusalen augusta ! ; Esposa inmaculada del Cordero de Dios ! despójate ya de los vestidos del luto, y adórnate de tus mas ricas galas. Jesu Christo tu Esposo ha resucitado ; alégrate y regocíjate espiritualmente en este dia , el mayor que Dios ha obrado en su magnificencia. Respira tú, grande enfermo del linage humano, pues ya vive tu médico y reparador omnipotente , y las puertas del cielo , cerradas hasta aquí por la culpa , se abren ya de par en par para las almas justas. Hé aquí la célebre época en que el pecado debia ser destruido , rescatados los cautivos de Israel , y abolidas sus prevaricaciones. Resonad pues en ecos de alegría, desiertos de Jerusalen , para celebrar la ilustre victoria de Jesu Christo , y la total der-

rota de sus enemigos. ; Gemid vosotros , espíritus infernales ! Temblad y estremeceos , bóvedas del abismo. Vuestro príncipe es ya arrojado del mundo ; y ligado con cadenas , no podrá ejercer su tiranía sino sobre los que voluntariamente quieran ser sus esclavos ; pues como dice un Padre de la Iglesia , satanáas puede ladrar, pero morder no, sino al que se le acerca, como los perros de cadena.

¡ Con cuánta anticipacion , como reflexiona un sabio , no han celebrado las santas escrituras esta victoria del Mesías sobre el tirano del género humano , amenazado de su total derrota desde el principio del mundo ! Sanson desquixarando un leon , David venciendo á Goliath , Judith degollando á Holofernes , Jael clavando la cabeza de Sísara , ¿ no son otras tantas figuras del vencedor de satanáas ? Aquí se nos representa el Mesías exterminando con

una espada penetrante la serpiente tortuosa que habita en las aguas del abismo ; allí como el enemigo poderoso de los dioses de Babilonia , que debe ejercer sobre ellos los mas terribles castigos ; aquí como un glorioso vencedor , que debe quitar la presa al enorme gigante , y librar de esclavitud á los que el fuerte armado habia puesto en cadenas ; allí como un pastor incomparable , que exterminaria todas las bestias feroces , para que su rebaño habitase tranquilo en los desiertos , y tuviese pasto abundante , y albergue ó redil seguro en las montañas de Israel.

¿ Mas cuándo , os ruego , tuvo su complemento este solemne triunfo de Jesu Christo contra Leviatan ? En el momento glorioso de su resurreccion. Aquí fue donde deshizo la cabeza de esta serpiente tortuosa , que solo habia podido morderle el talon por medio de una muerte pasagera , como S. Agustin se explica ;

pero no pudo impedir que el primero de los muertos , segun la expresion del Apóstol , resucitase por sí mismo á una vida inmortal , para ser el libertador invencible del género humano , y el xefe de sus escogidos , para ponerlos en posesion de la tierra prometida ; es decir , del reyno inmortal que les habia adquirido con su sangre ; porque Jesu Christo , dice un Padre de la Iglesia , destruyó el poder de la serpiente infernal á beneficio nuestro : fue nuestra la guerra que sostuvo ; venció para nosotros , y el fruto de su victoria fue la reparacion de nuestros derechos primitivos á la bienaventuranza.

¿ Cómo podria pues verificarse esto sin la Resurreccion del Salvador ? El en efecto debia ser el primero que entrase en la gloria , asi para abrirnos las puertas , como para manifestarnos las verdaderas sendas que conducen á ella ; pues si esta carne sagrada hubiese quedado en el sepul-

cro, ningun hombre jamas entraria en el cielo. Para confirmarnos San Pablo en la conexión esencial que hay entre la Resurreccion de Jesu Christo y la nuestra, dice á los fieles de Corinto: Si Christo no resucitó, vana es nuestra predicacion, vana es vuestra fe, y vosotros estais aún en pecado, porque él es el aguijon de la muerte.

¿Qué diferencia habria entonces, dice S. Juan Chrisóstomo, entre el primero y segundo Adan? El primero vino de la tierra, y degradado y envilecido por el pecado, fué condenado en pena á convertirse en polvo. ¿Cómo podria pues confundirse con éste el segundo Adan, venido del cielo, Autor de la santidad, Santo por sí mismo, y Santo de los Santos por esencia? ¿De qué me serviria, dice á su Eterno Padre por boca de un Profeta, de qué me serviria haber derramado mi sangre para abrir el cielo á los hombres, si padecie-

se corrupcion en las entrañas de la tierra?

Resucitando pues para nuestra justificacion, como el Apóstol se explica, aniquiló al hombre viejo, haciéndonos renacer nuevas criaturas, para que fuesemos sus hijos adoptivos. Así nuestra humanidad, aunque despreciable en sí misma, elevada por la encarnacion del Verbo á un orden tan sublime, no debia quedar confundida con el vil polvo que compone los séres inanimados del universo. El triunfo de Jesu Christo contra el príncipe de las tinieblas debia ser completo y luminoso, para ponerlo á cubierto de la incredulidad. Es indispensable pues haga revivir este cuerpo sacrosanto, que habia dexado en el sepulcro, porque era el glorioso estandarte con que á la frente de sus escogidos debia entrar en el cielo, para colocarlo á la diestra del Padre.

Y hé aqui, señores, el momento

en que cesan los oráculos de los falsos dioses, en que los demonios solemnemente son vencidos, y satanás, su príncipe, tirano del mundo, es arrojado de su imperio, y sujeto en el abismo con aquella gran cadena que vió S. Juan en su Apocalypsi.

Ni fué menos ilustre el triunfo que por medio de su Resurreccion consiguió Jesu Christo del mundo mismo que habia venido á salvar. Registrad los anales de la historia sagrada y profana, y hallaréis testimonios auténticos de esta verdad. ¿Qué cosas, ó mundo, al tiempo de la venida del Salvador? Una hoguera encendida con el fuego de la concupiscencia. La iniquidad á manera de un torrente impetuoso inundaba toda la faz de la tierra, y el diluvio de las culpas cubria las mas altas montañas. La soberbia y la avaricia, raíz de todos los males, la venganza, la mala fe, la ira y demas vicios capitales, exercian una dominacion

tiránica sobre todos los estados. ¿Qué espesas tinieblas en materia de religion y de costumbres no palpaban aquellos mismos que se creian los mas sabios?

¿Quién lo creyera, señores, á no constar por testimonios irrefragables, que el verdadero Dios habia de ser desconocido sobre la tierra? ¿Quién creyera, repito, que la luz de su divino rostro, sellada en las almas por este supremo Artífice, habia de obscurecerse tanto por la culpa? ¿Quién creyera que los Egipcios, los Griegos, los Romanos, estos Imperios de primer orden, que serán siempre admiracion de los siglos por su poder, su industria, su fina política y sus progresos en las artes y ciencias, desconociesen al verdadero Dios, cuya gloria y magestad publican solemnemente los cielos y la tierra, llegando al extremo de divinizar los personajes mas ridículos, y los mas viles insectos y

vegetables? ¿Pero qué mucho, si adoraban al demonio mismo, ofreciéndole víctimas humanas en sacrificio? ¿Qué horror! ¿qué crueldad! ¿qué deplorable ignorancia! Las costumbres iban dirigidas por el sistema de esta abominable religion, llegando no rara vez al increíble exceso de ejercer en algunos templos la prostitucion como un acto de culto, de piedad y de obsequio á los dioses.

Hé aquí otro soberbio filisteo que Jesu Christo debia postrar y aplicar al carro de su triunfo por medio de su Resurreccion. Es verdad que durante su vida mortal habia dado muchas señales nada equívocas de su virtud omnipotente. Los cósos, los tullidos, los endemoniados, los febricitantes curados, y los muertos resucitados, son otros tantos irrefragables monumentos de su Divinidad. Mas sin embargo de tantos prodigios, mientras vivió se convir-

tieron muy pocos. El resplandor de sus milagros en unos habia producido una admiracion estéril, y en otros una implacable envidia. Por manera que al tiempo de su muerte contaba un corto número de discípulos, y esos vacilantes y tímidos. ¿Sabeis porqué, señores? porque la conquista del mundo y conversion de los pueblos debia ser principalmente el fruto de su gloriosa Resurreccion. Los derechos que su Padre Dios le habia dado hasta las extremidades de la tierra no debian manifestarse hasta el dia en que empezase su vida gloriosa. Entonces, con arreglo á las escrituras, debia sujetar todas las naciones á su dominio, y entrar públicamente en la posesion de su herencia.

¿Y correspondió el suceso á los vaticinios? ¿Ah señores! renovad vuestra atencion, os ruego. Jesu Christo resucita; se presenta á sus Apóstoles y discípulos; confirma en

el Espíritu Santo á unos pobres hombres, groseros, ignorantes, bárbaros, como los llama el Chrisóstomo, y los envia por todo el mundo á curar las llagas de Israel y á evangelizar el Reyno de Dios, sin armas, sin comitiva, sin equipage, sin mas prevençion que su divina palabra.

¡ Qué mutacion tan extraña! Jesu Christo, objeto hasta alli de escándalo para los Judíos y de necesidad para los Gentiles, segun la expresion de S. Pablo, bien presto es adorado en la orgullosa Grecia, en el Egipto supersticioso, en la India feroz, en la Scitia bárbara, en la soberbia y altiva Roma. Nada resiste á su potencia. La cruz hasta alli despreciable, adorna bien presto la frente de los Reyes, y viene á ser la diadema de honor de los mas augustos Soberanos. La Resurreccion del Crucificado resuena con magnificencia por todo el mundo, y á su Nombre se postran los cielos, la tierra y los

abismos. Los soberbios se humillan, los enemigos se reconcilian, los ídolos caen por el suelo con no menor impulso que dagon á presencia del arca; sus templos son demolidos, ó consagrados al verdadero Dios; cesan los sacrificios inhumanos, y enmudecen los oráculos: la justicia, la rectitud, la inocencia, la paz christiana y la caridad se establecen por todo el universo, y brilla la piedad por todas partes.

Es imposible pues dexar de reconocer á Jesu Christo resucitado por Hijo de Dios vivo: es imposible dexar de confesar que una tal mutacion es obra de la diestra del Excelso: es imposible dexase de triunfar por su Resurreccion de la incredulidad de los pueblos, sujetándolos al yugo de su religion. Asi lo habia prometido á sus discípulos poco antes de morir. Vosotros, les dice, sereis maltratados del mundo; pero tened confianza, y acordaos que yo

he vencido al mundo, y vuestra fe en mi vida, muerte y Resurreccion hará que vosotros triunfeis tambien del mundo.

En cumplimiento de este vaticinio, ¡ó amabilísimo Jesus! ¡qué emulacion de virtud y de santidad no encendisteis por todo el universo! ¡qué de vírgenes castas! ¡qué de ilustres Confesores! ¡qué de invencibles Mártires no dieron testimonio de vuestra Divinidad! ¡qué de pueblos no se gloriaron desde luego de poner á vuestros pies sus cetros y coronas, confesándoos por Hijo de Dios vivo! Es pues vuestra Resurreccion el testimonio más auténtico de vuestro solemne triunfo del demonio, del mundo y de la muerte, último de vuestros enemigos. Seguidme sin desmayar.

La muerte, esta segur terrible, que postra sin distincion de personas á todo el género humano, es el estipendio del pecado, segun la ex-

presion de S. Pablo. Ella entró en el mundo por la culpa, y de resultas vino á ser su imperio el universo. Mas habiendo Jesu Christo, como se explica un sabio, triunfado por su Resurreccion del pecado, del mundo y de satanás, ¿ dónde está ya, ¡ó muerte! tu aguijon? ¿ dónde tu imperio? ¿ dónde tu victoria?

«Dexémosla, dice, triunfar sobre el Calvario... y que armada del pecado, como de una terrible espada, crea poder sacrificar al demonio las futuras generaciones: dexémosla creer que tiene á Jesu Christo encadenado en el sepulcro, lisonjeándose haber conseguido de él una victoria eterna. Ella pagará bien presto este triunfo pasajero; pues contra la piedra de este sepulcro embotará sus armas, y se hará mil pedazos ella misma. El tiempo es ya venido, ¡ divino Salvador! de triunfar de vuestros enemigos. Salid del seno de la tierra, y que entre en él

36 SERMONES

la muerte, pues está escrito que el Mesías la precipitará en un abismo eterno." La inhumana había creído absorber al género humano, y asegurar para siempre su ruina. Mas queriendo Jesu Christo dexarnos la vida eterna, como herencia suya, devoró á la muerte, cuando juzgó ella haberla absorbido.

En efecto, ella misma quedó aborta en su victoria, como dice el Apóstol; pues la muerte del Redentor salvó al género humano, y la espada misma con que ella creyó exterminar las naciones, sirvió de cuchillo para el sacrificio que las ha rescatado... porque inmolando una sola víctima, que renació bien presto de entre sus propias cenizas, ha perdido innumerables, y con ellas su tiránico imperio.

Pero hablemos ya sin figuras. Como por el pecado entró en el mundo la muerte, por la Resurreccion del Salvador vino la vida. Por ma-

VARIOS. 37

nera, que asi como en Adan todos mueren, asi tambien serán todos vivificados en Christo, cada uno en su órden, segun la expresion del Apóstol. El hombre por el pecado estaba adicto á la muerte y á la pena eterna, sin poder tener parte en el reyno de Dios, de que habia sido excluido; pero Jesu Christo borró con su preciosa sangre este decreto; con ella nos redimió de la esclavitud del demonio y del pecado, y para reintegrarnos en el derecho á su bienaventuranza, y que pudiesemos vivir eternamente felices, fué necesaria su Resurreccion, porque como xefe y primicias de los que habia venido á resucitar, debia abrirles las puertas del cielo, y entrar en él delante de ellos.

Asi, aunque el hombre en pena de su pecado original quedó sujeto á la muerte, ésta despues de la Pasion y Resurreccion del Señor viene á ser ya dulce á los que la miran

con los ojos de la fe christiana, es decir, á los que mueren en gracia y amistad de Dios, pues para estos no es la muerte un sello de reprobacion, como para los impíos que mueren en pecado, sino un tránsito feliz á la vida eterna. El alma en aquel momento, si está del todo pura, sale del cuerpo para vivir y gozar de Dios eternamente, y en el dia de la Resurreccion universal volverá á unirse á su cuerpo, compañero inseparable de su felicidad, como lo fué de sus obras.

Tal es, señores, la suerte de los justos, efecto maravilloso de la gloriosa Resurreccion de Jesu Christo, y de su completa victoria de la muerte. Consuélate ya, nueva Sion: tus muertos, dice el Señor por su Profeta, vivirán algún dia: yo haré resucitar, añade, á los que he entregado á mi espada, abriré vuestras bóvedas, sacaré á mi pueblo del seno de vuestros sepulcros, y os in-

troduciré en la verdadera tierra de promision. En este terrible dia, en que verás ¡ó muerte! tantos cuerpos de bienaventurados pasar de tu seno lúgubre á el de la Divinidad, ¿de qué te servirá tu aguijon? ¿dónde estará tu victoria? ¿dónde tu imperio? Todos pues resucitaremos, dice S. Pablo; unos para el suplicio, otros para la vida eterna, segun el mérito de nuestras obras. Gracias, añade el Apóstol, sean dadas á Dios, que nos dió la victoria por medio de nuestro Señor Jesu Christo. Gracias á este adorable Salvador, que triunfando hoy solemnemente del demonio, del mundo y de la muerte, no solo nos redimió de la dura esclavitud del pecado, sino que nos abrió las puertas de la celestial Jerusalén, enseñándonos las verdaderas y únicas sendas que conducen á ella, y haciéndonos capaces por su gracia de triunfar de estos mismos enemigos, y de resucitar glorificados en el dia del

Juicio universal, para cantar eternamente sus alabanzas.

Resta solo, señores, que nosotros queramos aprovecharnos de las grandes ventajas que nos proporciona este inefable misterio, para triunfar de los enemigos de nuestra alma, y resucitar al fin del mundo con Jesu Christo, adornados de los dotes gloriosos de sutileza, claridad, impassibilidad y agilidad. Mas para esto es necesario acompañarle en vida, cargando sobre nuestros hombros la cruz que respectivamente á cada uno ha dado, y llevándola con humildad, conformidad y gozo espiritual; pues aun siendo Jesu Christo la santidad por esencia, convino padecerse tanto para entrar en su gloria. ¿Deberán por ventura los discípulos ser preferidos á su Maestro? ¡Ah, señores! el reyno de Dios padece violencia, y solo con violencia se arrebatada, conforme al oráculo del Espíritu Santo. Si fuéremos pues socios

de Jesu Christo en las tribulaciones, lo seremos tambien en el consuelo, segun la expresion del Apóstol: su triunfo será el nuestro, y seremos hallados dignos en el juicio final de resucitar gloriosos, para ver á Dios como es en sí, y gozarle por toda la eternidad. Amen. DIXE.

